

Y una vez por todas diré que lo que tuvieron y agradecieron los de la nueva *familia enferma* no fué el fausto, ni la prodigalidad, ni el primor en las recepciones; fué sólo la cordialidad, la alegría, el buen ánimo, el propósito de agasajar á quien tan de veras lo merecía y tan sin elementos se encontraba. Lejos se veían aquellas gentes de alcatifas persas, de platos raros, de vajillas suntuosas, de finuras en el hablar ó en el discurrir: ofrecían lo que tenían, que era bien poco, pero lo ofrecían con tan buena gracia, con gesto tan natural y tan noble, que sus pobreza valían más que todos los gallipavos y todas las martas cebollinas que podían presentar otros.

En Hidalgo del Parral la recepción fué un verdadero entusiasmo, una verdadera locura, un derroche de frases cariñosas que trajeron las lágrimas á muchos ojos. Un modesto baile que se dió al Presidente y á sus acompañantes y en que se pronunciaron los brindis más entusiasmados y conmovedores, puso fin á la estancia en el Parral, de donde salió la comitiva después de dos días de descanso.

En la bella población de Santa Rosalía, situada en la confluencia de los ríos Conchos y Florido, se renovó la escena que en casi todos los lugares del Estado se había visto, y fué que el pueblo entero pasara á saludar y estrechar la mano del Presidente de la República. Tampoco faltaron en Santa Rosalía la modesta comida y los brindis conteniendo las protestas contra la invasión y la pro-

mesa de rescatar el territorio sagrado de la patria á cualquier costa.

De Santa Rosalía pasaron los expedicionarios á Santa Cruz de Rosales, donde también se dió un baile en que tomaron parte todos los pollos y pollastres de la comitiva. Cuando Brambila se echaba un vals al modo metropolitano en compañía de la muchacha más salada de aquellos contornos, oyó que le llamaban de prisa.

— ¡Hombre, por Dios! le dijo Amores, usted se figura que la fiesta es suya y que después del Presidente y del general Negrete no hay persona á quien se tenga más interés en conocer que al señor don José Brambila, escribiente gratificado del correo y persona que trae por aquí las últimas modas de la metrópoli. Venga acá y entérese de algo que le ha de gustar.

Y llevándole al salón del baile, le enseñó á un tambor, ciego de nacimiento, que arengaba al Presidente con esta curiosa razón, poco más ó menos:

— «Que mi Dios me diera la vista por un rato y viviría contento para toda la vida. Dicen los que miran que es más chulo el sol cuando se mete que cuando está en su medianía y así me figuro que es más grande el señor Presidente visitando estos remotos arenales que en el palacio de México, mandando á los que mandan. En cuanto á lo que vale este hombre, no hay ni para qué decirlo, pues hay cosas que hasta los ciegos las ven.»

Pero el acabóse del placer, del entusiasmo y del goce fué el día de la entrada á la capital del Estado. Se había convenido en que la comitiva del Presidente esperaría en el rancho de Avalos, pues se deseaba no presentar á los habitantes de la ciudad un espectáculo indecoroso mostrándoles aquellas caras estragadas, aquellos trajes que



eran ultrajes, aquellas caballerías que parecían, como dice el vulgo, música de arpas que conducía pellejos vacíos y sin catadura natural, y aquellos coches imposibles, y aquellas barbas tremendas que daban idea de facinerosos y de bandoleros, y aquellas botas de campaña, y aquellas sillas pelonas y derrotadas, y aquellos vaquerillos, y aquellos zapatos, y toda aquella indumentaria estrambótica.

A las cinco en punto de la tarde se presentaron el Gobernador Trías, los magistrados del Tribunal Supremo, los empleados de la federación y del Estado, los vecinos más notables y una muchedumbre inmensa de pueblo que ocurría deseosa de conocer y presentar sus respetos al representante de la legalidad mexicana. Las aclamaciones, los vivas, los cohetes, las salvas, las músicas y los repiques daban clara muestra del entusiasmo de aquellos excelentes patriotas, que no comprendían cómo se pudiera celebrar á otro que no fuera el humilde mandatario que andaba á aquella hora perseguido y errante.

Ya dentro del lugar, las muchachas más guapas (y cuidado si las hay y las ha habido siempre en Chihuahua) gritaron vivas hasta enronquecerse, aclamando á Juárez y á sus amigos con un entusiasmo que desconocían y desconocen los remilgados habitantes de la metrópoli, que parecen de almendra y nuez... y suelen ser de aserrín y cola. Los pollos más galanes, alistados en la llamada guardia nacional de á caballo, formaron en la Alameda de Santa Rita, y en todas partes se advertían el contento, la alegría y el goce que causaba que el Gobierno hubiera elegido por asilo aquel remoto territorio en cuya lealtad confiaba.

En Chihuahua, como en Nazas y en Santa Rosalía, el pueblo tomó empeño en saludar á Juárez y á su comitiva presentándoles el testimonio de la lealtad fronteriza. Más

de diez mil personas desfilaron en aquella procesión, en la cual no había ni un capitalista, ni un potentado de la tierra, ni un personaje de viso, pero en que se hallaban muchos valientes que habían gastado su vida en combatir á los bárbaros, sus energías en extraer de la tierra las riquezas que guardaba y su salud en pelear por la libertad, que amaban como la expresión única de lo que vale el ser humano.

En seguida se condujo á don Benito y á sus acompañantes á la casa que se les tenía preparada y en que se sirvió un banquete de que participaron, no sólo los personajes oriundos del lugar ó los que por razón de su cargo venían en compañía de Juárez, sino aun los individuos de poca ropa, como Brambila, que podían considerarse exceptuados de cualquier convite en que se versara algo que fuera jerarquía, dinero, posición ó cualquiera cosa que lo valiera. La fraternidad más sincera y conmovedora reinó durante aquella comida, en que se repitieron por parte de los habitantes de la capital del Estado los mismos propósitos, las mismas protestas y los mismos ofrecimientos de sacrificarse por la patria, que se habían escuchado en toda aquella noble y honrada tierra.

Dicen que no hay sermón sin San Agustín y tampoco podía haber en aquellos días banquete, gaudeamus, convivialidad ni fiesta pública ó privada en que el amigo Prieto no dijera tres ó cuatro cosillas que levantarán y

alegraran el ánimo causando el consiguiente regocijo. Por eso, después del brindis lleno de confianza y de agradecimiento de Juárez, tras la oración conceptuosa y atildada de Lerdo y después de las frases elegantes y rebotando patriotismo de Iglesias, Prieto hizo una de las que sabía, tomando la palabra y diciendo cuatro cosas conmovedoras y llenas de primor:

«Aquí estamos, amigos, y me refiero sólo á los mexicanos más ignorantes que yo (con lo cual corro el riesgo de no tener auditorio), en la famosa ciudad de Chihuahua, que merece ocupar lugar muy alto en la historia nacional. Esta es la metrópoli del trabajo honrado, de la noble emulación, de la santa y fructuosa actividad. En el centro sólo conocemos dos cosas de este remoto país: sus minas y sus bárbaros; pero lo cierto es que por aquí hay algo más que salvajes y minas de plata. Hay un pueblo creado con el arma al brazo, valiente, resuelto, honrado, trabajador, serio y capaz de los más nobles arranques. Criadas estas gentes en el desprecio de la vida, en la persecución de los enemigos naturales de toda cultura, en el resguardo de su propiedad cuando es atacada por el enemigo, tienen el amor á la casa como no lo tienen los que gozan de la casa continuamente y sin sobresaltos; la ven como el peristilo del cielo, como la antecámara de los goces celestiales y son capaces de sacrificarse por ella sin escrúpulo ninguno. Pero hay una cosa que aman más aún

que la casa que heredaron de sus padres ó que han construído por su esfuerzo personal: la casa común, la casa en que son uno solo con todos nosotros, la casa que han mantenido y prometen sostener hasta morir. Esa casa, la casa de la patria, la ven invadida y prometen salvarla en compañía nuestra ó perecer en la demanda. Que logren su intento, que sean dichosos en su empeño, y que prueben que para la patria todos somos unos, lo mismo los yucatecos que los coahuilenses, igualmente los tapatíos que los zacatecanos. Y si esto alcanzan (pues bríos y fuerzas les sobran para ello) habrán realizado la proeza más grande y más bella: probar que México merece llamarse tierra de hombres libres.

»Y desde ahora quisiera tener la voz y el aliento de uno de aquellos profetas hebreos que solían pedir para una ciudad todos los males ó todos los bienes. Mas para ciudad ninguna de las de mi tierra solicitaré nada que no sea bienes y bendiciones: todas los merecen y yo no se los escatimaría si les tuviera en mi mano. Pero para esta ciudad, para Chihuahua, que es nuestro asilo, asilo hospitalario en que no se esconde un traidor, en cuyos desiertos no crece la terrible y venenosa ortiga de la deslealtad, para Chihuahua sólo pido que sus mujeres sean más bellas y más fecundas que hasta ahora; que paran muchos hijos tan abnegados, tan valientes y tan patriotas como los que han dado á luz y que le proporcionan á

México este día dichoso que equivale á otros muchos desdichados; que sus minas produzcan tanto oro como es necesario para enriquecer á los laboriosos hijos de su riquísimo suelo; tanto trigo como sea menester para satisfacer las necesidades de una población doblada ó triplicada de la que ahora posee, y tanta instrucción, tanta cultura, tanta ciencia, que á su lado vengan á ser Beocias los pueblos que ahora alardean de ser más amantes de las luces.»

Guillermo, que empezaba á ponerse de temple, recibió en aplausos el premio de su buen deseo, y, animado por el éxito, siguió así:

«Dicen, señores, que la electricidad suele acumularse en las puntas y que el patriotismo se reconcentra en las fronteras; yo lo creo sin vacilación por esta espléndida manifestación patriótica que sale de las gentes que han visto cómo se pierde la nacionalidad y que todavía se duelen de la suerte de sus hermanos ausentes bajo el poder yanqui, como el mutilado siente que le duele el miembro que le cortaron. Brindemos por Chihuahua, amigos míos, brindemos por este pueblo leal y honrado, por este pueblo fuerte y grande, y pidámosle á Dios por su prosperidad, por su crecimiento, por su grandeza. Por Chihuahua.»

¿Para qué decir que al concluir Guillermo le recibieron los brazos de todos sus amigos y que fué aclamado,

festejado, idolatrado y tratado á cuerpo de rey? Dicho se está, y quien conozca un poco á los chihuahuenses no se maravillará de ello.

### III

Pero no debía terminar allí la jornada. El pueblo estaba positivamente deseoso de ver y hablar á Juárez, y el Presidente, comprendiendo que aquélla era la oportunidad mejor para hacer cesar viejos rencores locales que hacía tiempo se manifestaban entre los hombres que en materia de política tenían la sartén por el mango, se dirigió á la plaza principal, donde se encuentra actualmente la estatua de Hidalgo y donde en aquel tiempo se hallaba un sencillo túmulo que recordaba el lugar en que había sido sacrificado el padre de la Independencia. Era media noche pasada. La luna salía de entre un dosel de nubes, y el cielo, que había sido de turquesa, se había vuelto de suave ópalo que semejaba un amanecer lejano. La comitiva marchaba grave, compuesta, tranquila, inclinada á graves y hondos pensamientos y resuelta á oír una voz, que en aquellos instantes se le figuraba profética y procedente de otras regiones mejores que las de este mundo. Juárez llegó el primero á la plaza. Midió de arriba á abajo la mísera construcción, meneó la cabeza y luego, cercado de toda aquella gente, empezó una sincera peroración exhortando á los que estaban divididos por cues-

tiones de localismo que no revestían importancia ninguna ante la gran cuestión de patria que se ventilaba. Juárez no tenía palabra fácil ni impetuosa como Prieto, ni convincente como Zarco, ni elegante como Zamacona, ni sofística como el Nigromante, ni erudita como Ocampo; pero tenía tal fuego, tal convicción, tal verdad en cuanto hablaba, que no había manera de exclamar sino: «este hombre tal vez no tenga razón en lo que nos está diciendo, pero cierto ó falso, lo cree á pie juntillas, al grado que primero se dejaría descuartizar que renegar de una frase, de un concepto, de una palabra, de una letra, de una coma, de una tilde de lo que ha asegurado».

Allí estaban el gobernador Trías, don Roque Jacinto Morón, el coronel Orozco, don Manuel y don Eligio Muñoz, don Jesús María Palacios, don Francisco Urquidi y todos los compañeros del Presidente, que escuchaban sus palabras con fervor religioso, como si estuvieran seguros de que cuanto aquel hombre decía estaba pronto á cumplirlo y que no había palabra suya que no estuviera pronto á ratificar con hechos.

A media noche, cuando la comitiva había agotado las aclamaciones, los vivas y las protestas patrióticas, regresó á su alojamiento, no sin que la acompañaran en su camino todos los asistentes á la comida y á la manifestación ante el túmulo de Hidalgo, ya reconciliados y resueltos á trabajar por el bien de la patria.